

Serie I.ª, N.º 2 Bogotá.

HELIA

Bogotá—República de Colombia—Noviembre 3 de 1905

El "todo Bogotá" dedicó el día de ayer á visitar las tumbas. Había por esas fúnebres alamedas que ofrecen á los monumentos la piedad de su sombra, había por el cementerio raso, donde la hierba se ha tostado con el sol y desfallecen las cruces al contacto del tiempo, un hormigueo silencioso, un ir y venir de trajes negros.

Era el día de recordar á muchos. Se sucumbe de miseria y de tristeza, se gesticula por última vez bajo la mirada de benefactores ignorantes ó indiferentes, se muere de traición de amigo, se cae herido por las propias manos ó por las manos armadas de los enemigos, se acaba exangüe en la casa de locos, se expira en la cárcel, se cierran los ojos tranquilamente mientras que los allegados besan y lloran, se cae repentinamente....



Clisé Dallmeyer.

Un rincón del Cementerio de Bogotá.

Era el día de recordar también á los que regaron de sangre la tierra; hemos amontonado sus cráneos para erigir expresivos monumentos en honor de la Muerte; las calaveras ríen al sol, ríen durante la noche....

Hubo al cementerio, pasado el medio día, una verdadera peregrinación de mujeres hermosas. El gesto de cada rostro palidecido decía más que muchas palabras escritas.

Ojos fueron vistos que venían de llorar discretamente unos cuantos minutos y que miraban abstraídos al fondo del paisaje como cuando pensamos en que la madre naturaleza entregó tántos hijos á la muerte, sin dolor, sin resistencia casi de su parte, manifestando así que aquellos anonadamientos le eran indiferentes porque no le causaban perjuicio, porque no hacía otra cosa que recibir de nuevo y cariñosamente á tales hijos en su seno.

Una mujer de agradable fisonomía, que llevaba un manojo de flores y lloraba desconsoladamente, llamó la atención. Díjose que era una demente, díjose también que había encontrado la fosa de su muerto habitada por otro.... Algunas personas le dirigieron palabras amables é hicieron diversos comentarios. ¿Era que allí tampoco estaba seguro el derecho del primer ocupante?

La paz de la silenciosa ciudad huele á pino y á rosas; en las cruces y en los mausoleos, en cada verja y sobre cada losa hay medias-lunas, guirnaldas, ó, sencillamente, enredaderas; todas son de flores pálidas que generosamente se abren durante las primeras horas, y al caer el día se deshojan. La lluvia de pétalos baja con lentitud, podríamos decir que con incertidumbre hacia la tierra.

Hay un torreón vetusto á donde ordinariamente suben los visitantes. Acaso porque desde allí se mira á la ciudad, á la sabana inmensa y á los cementerios inmediatos, recordamos algo que ha pintado Loti en un libro increíblemente superficial aunque no exento de cierta gracia: las perfumadas colinas de los muertos en Nagasaki, donde duermen generaciones anteriores que vieron la vida con sus ojos oblicuos y soñaron de una manera tan diferente de la nuéstra; las colinas sagradas en donde graciosas mujeres ejercitan su piedad quemando incienso por las tardes, arreglando á los Budas el lazo rojo de la corbata, haciendo decoraciones con crisantemos para honrar á las queridas almas difuntas.

Desde el torreón vemos la sabana fecunda que nos habla de la primitiva raza vencida por Don Gonzalo Jiménez, aquí yacente, raza que recuerda el oro y representa el pasado; vemos la ciudad soleada que dice del presente, la vieja ciudad en donde se hospedan gracias é injusticias, violencias y perdones, donde airadamente se miran hambrientos y concesionarios, donde se venera á Cristo

y está casi olvidado corregir al que yerra, donde á pesar de todo procuran vivir Su Alteza la Elegancia y Su Majestad el Arte. Desde aquí, mejor que desde cualquiera otra altura, podría decirse á nuestra ciudad: acordaos de ayer y pensad en mañana.

Suave es la tarde de Noviembre sobre los cementerios. Luz naranja ó luz rubia alargan fantásticamente las sombras de los pinos en el suelo arenisco. ¿Habéis hecho ya conocimiento con un agradable poeta de Polonia que á menudo recuerda la muerte? Leer cada uno de sus poemitas es sentir como que caen gotas de algo misterioso en un estanque dorado....

El dice: De día y de noche, siempre y á dondequiera, esta sombra va tras del hombre, más fiel que el deseo de ser feliz, fiel como la soledad.

Dice también: Cuando la deseamos nos la imaginamos blanca, tranquila y sonriente, con rosas en la cabeza y en las manos, con los flancos temblorosos por el deseo de las caricias, tal como algunos pintores, como algunas vidas soñarían á la muerte. Pero cuando ha estado próxima nos ha parecido terrible; cuando se ha sentado á la orilla de nuestro lecho ha sido un esqueleto de cuyos hombros cuelga un sudario mal oliente, y cuyos ojos vacíos miran como un abismo. Aquellas manos descarnadas nos acarician.... aquel sudario parece que va á caernos sobre los ojos.... aquella osamenta traquetea como si fuera á desarmarse; entonces caemos en la cuenta de que va á quedarse aquí la vida, de que vamos á perder de vista el sol, las flores, los mares azules, las montañas nevadas, los bosques, la voluptuosidad; de que vamos á dejar atrás los lagos tranquilos, los ríos que experimentan el encantamiento de la tarde, el amor y la belleza, los pensamientos alados, todo ese milagro que se llama vida, todo ese paraíso generoso de sensaciones divinas....

Al retirarnos por una de esas fúnebres alamedas que ofrecen á los monumentos blancos la piedad de su sombra, hemos visto á dos enamorados que se hablan; tal vez ellos no saben que el amor es la compensación de la muerte, y parece que se les hubiera colocado allí, ante la multitud que sale del recinto, como un símbolo de la vida inmortal de la naturaleza.

ALBERTO SÁNCHEZ

Contrastes

Una de las cosas más alegres que he visto jamás era un ciprés de cementerio.

Había dos en el osario: uno, el ciprés triste, un ciprés cadáver, flaco, descarnado, nervioso, tan viejo y débil, que cuando el aura le movía parecía como si temblase, y cuando llovía dijérase talmente que lloraba; y el otro, alegre, espeso, de terciopelo vestido, ufano y virgen, todo él modelado, tierno y siempre lleno de verdor.

Pero lo que le hacía ser alegre era el enjambre de pajarillos que dormían en sus brazos y allí anidaban y vivían. Parecía un árbol con palabra y canciones entre aquella quietud; una casa de vecindad cercana á los nichos, una escuela llena de gritos y de risadas. Todo el santo día yendo y viniendo, bajaban, subían, iban de visita, se holgaban, reñían, se llevaban las noticias del lugar en donde había panizo y no había cazadores, volcaban las criaturas, les lavaban las patas y les enseñaban gimnasia; reían, lloraban y se contaban sus cavilaciones; todo el día era un tejemaneje de pellizcos, de besos y de picotazos; de subir briznas de paja para mullir los cojines; de meter la cabeza so el ala y espantar las lagartijas.

Al atardecer aumentaba la algazara para disputarse una ramita; había una furia de gritos para lograr un toldo de hojas, un guirigay para conseguir una alcoba; y después, una vez persignados los pequeños, entre los nidos de las ramas y rezada la oración, el árbol se quedaba dormido entre los fuegos fatuos que corrían.

Oh árbol alegre! En ningún lugar estaban tan seguros como bajo aquel dosel de dulzura; en ninguno tan respetados por los hombres como en el mismo osario; en ninguno tan contentos como entre aquella paz poblada; siempre ellos con ellos; siempre con los suyos; siempre llenando la soledad con su festiva alegría.

Hasta cuando llevaban un muerto subía del ciprés un vuelo de vida.

SANTIAGO RUSIÑOL

Sin trabajo

(Notas al vuelo)

El drama es pequeño, minúsculo, ínfimo, pero drama existe.

La máquina está parada, la cesta vacía, la muchacha llorosa, la madre meditabunda. Esta ha recorrido los obradores solícita, oficiosa. En todas partes han despedido oficialas. El mundo se viene abajo para la pobre madre y para la cuitada hija.

La buena mujer, según iba recorriendo las calles, se fijaba en los escaparates llenos de camisas relucientes cuyos planchados y estirados cuellos le parecían bocas sarcásticas que se mofaban de su pena. Más allá las camisas de mujer emperifolladas de encajes, puntillas y cintajos de colores se mostraban frívolas y volubles, como símbolos de la insensibilidad humana; debajo de sus telas no había ningún corazón. La terrible impasibilidad de la ropa blanca, inerte, cuya frialdad se adivinaba, inundó de tristeza irreparable el viejo corazón de la pobre mujer, sobre el cual tántas penas habían nevado.

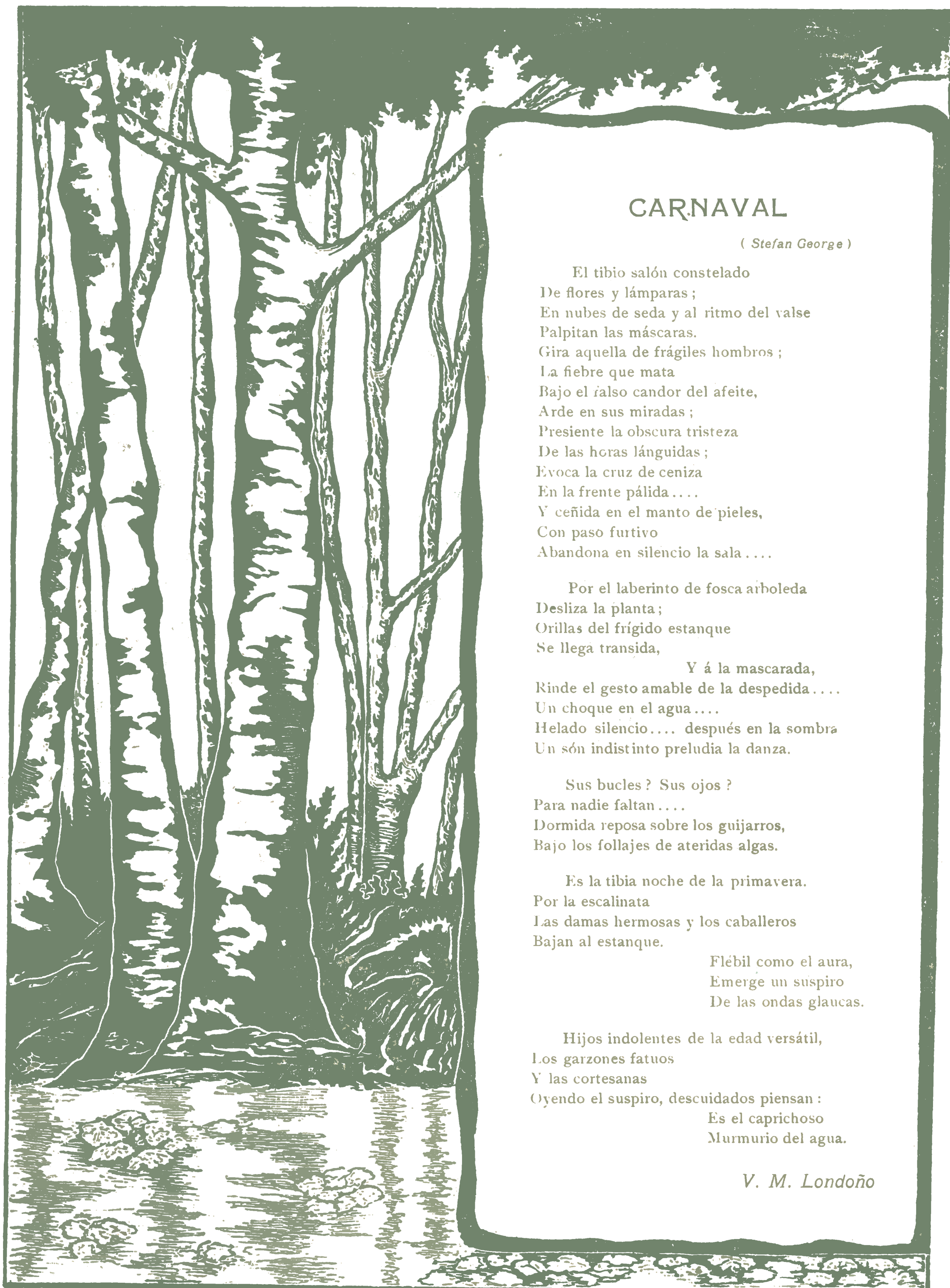
Apartaba su vista de los escaparates y la fijaba en las gentes con quienes iba topando en la acera y en el tranvía, aquí y allí! Era monstruoso, era absurdo que tántos caballeros bien portados, tántas señoras elegantes y finas no necesitasen una cantidad prodigiosa, inverosímil de ropa interior; y á la buena madre le daban ganas violentísimas de exclamar: eh! caballero, le parece á usted que sus puños son de recibo? no le da vergüenza verlos resquebrajados y con flecos, habiendo tánta pobre costurera que se muere de hambre?

Pero las palabras tartamudeadas por la buena mujer no fueron eficaces. El tiempo es duro, cruel la humanidad. En la ciudad, por unos meses, no hace falta ropa blanca. No hay trabajo.

La pobre mujer llega á su casa. Encuentra á su hija llorando.... Y resume sus reflexiones en esta profundísima sentencia:

—Hija, qué porquería es el mundo!

N.



CARNAVAL

(Stefan George)

El tibio salón constelado
De flores y lámparas;
En nubes de seda y al ritmo del valse
Palpitan las máscaras.
Gira aquella de frágiles hombros;
La fiebre que mata
Bajo el falso candor del afeite,
Arde en sus miradas;
Presiente la obscura tristeza
De las horas lánguidas;
Evoca la cruz de ceniza
En la frente pálida....
Y ceñida en el manto de pieles,
Con paso furtivo
Abandona en silencio la sala....

Por el laberinto de fosca arboleda
Desliza la planta;
Orillas del frígido estanque
Se llega transida,
Y á la mascarada,
Rinde el gesto amable de la despedida....
Un choque en el agua....
Helado silencio.... después en la sombra
Un són indistinto preludia la danza.

Sus bucles? Sus ojos?
Para nadie faltan....
Dormida reposa sobre los guijarros,
Bajo los follajes de ateridas algas.

Es la tibia noche de la primavera.
Por la escalinata
Las damas hermosas y los caballeros
Bajan al estanque.
Flébil como el aura,
Emerge un suspiro
De las ondas glaucas.

Hijos indolentes de la edad versátil,
Los garzones fatuos
Y las cortesanas
Oyendo el suspiro, descuidados piensan:
Es el caprichoso
Murmurio del agua.

V. M. Londoño

Actualidades Extranjeras

RIZAL

Una revista madrileña publica actualmente el estudio de la vida y escritos de Don José Rizal. El apologado fué un escritor filipino que consagró saber é inteligencia para obtener de España más amplias libertades ó si se quiere menos injusticias, y para iluminar, con destellos de verdad, el espíritu de sus hermanos en tierra, aspirando á que ellos alcanzaran vida libre, emancipada así en la intimidad de su yo, como en las manifestaciones que lo exteriorizan.

El estudio es debido á la pluma del Sr. W. E. Retana, español que sostuvo con Rizal tan vehementes controversias, que casi dijeron en ellas las armas la última palabra. Siendo un adversario quien hoy emite conceptos sobre el propagandista filipino, serán muy dignos de atención los elogios que formule.

El tiempo posee la virtud de iluminar los hechos humanos y facilitar el juicio sobre ellos. Hay para los hombres que traspasan en sus actividades el reducido y apacible recinto de la vida privada, dos veredictos que suelen no coincidir: el que se pronuncia en la época del combate, perturbado á veces por la pasión, expuesto al extravío de los detalles, enturbiado con frecuencia por intereses de baja aleación. Los años otorgan á la memoria de cada individuo una limosna de misericordia, de benevolencia ó de justicia; surgen nuevos elementos de verdad, y el juicio que ya en más serenos tiempos se formula, es el que en definitiva perdura. A la memoria de Rizal conceden hoy los españoles honrados la limosna de justicia que bien merecidamente ganó.

Gusta el estudio del Sr. Retana por referirse á una personalidad eminentemente simpática, como que era un sembrador de nobles ideas, un emisario de altas reivindicaciones. Presenta asimismo el estado del alma española antes y después de la guerra que consumió el postrer resto de aquel imperio colonial. Por lo primero es obra psicológica atractiva, por lo último es un desarrollo de hechos que interesan á la filosofía de la historia.

A Rizal lo conturbó el anhelo de mejorar la suerte de su pueblo. Pertenecía á una clase oprimida, como existen dondequiera, y su modo de ser en inteligencia y emoción, se modeló á golpes de infortunio. Ansia de libertad y ansia de saber lo llevaron á Europa y allí completó su personalidad al contacto de hombres superiores y con la lectura de libros hermosos.

El recuerdo de su patria le obsesionaba siempre. En él, lejos de apagarse ese fuego con la cultura intelectual, se mantuvo vivo y más vigoroso y más fecundo. Que el fuego también es fecundo cuando amasa las creaciones del mal, y deja la obra de la naturaleza perfeccionada, no pervertida por los hombres.

La vida de Rizal en España primero y luego en las universidades alemanas, fué de labor silenciosa. Repartía su tiempo entre las letras y la ciencia. Llevaba un diario que el Sr. Retana hace conocer del público.

Ningún documento como aquellos de carácter íntimo, puede servir mejor para determinar el modo moral de un individuo. Cuando se habla á los demás, nunca faltan las timideces de expresión, los afeites del espíritu, que no aparece íntegramente, sino aderezado para producir un efecto. Pocas veces se halla entera una personalidad en sus obras. Hay en ellas algo de menos y algo de más. Pero esos diarios que son como una necesidad de confidencia para consigo mismo, tienen la virtud de la sinceridad, las ingenuidades que pintan un alma presentándola en todas sus fases y en toda su plenitud.

He leído en alguna parte al pregonar las excelencias de la literatura sincera, que á todas las formas debería preferirse la del diario. ¿Quién no ha sentido las olas de tristeza desesperada que desprenden las páginas de aquel vencido de la vida, Carlos Federico Amiel, expresadas no para que otros las sintieran sino para sentirlas él mismo?

En el diario de Rizal aparece definido un bello carácter. El filipino era un hombre virtuoso.

A la par con el enamorado de la ciencia se desarrollaba el prosador y el poeta. No son sus creaciones ciertamente lo que pudiera llamarse una obra maestra. Sufriría una desilusión quien las leyera con el propósito de encontrar en ellas un refinamiento de buen gusto. Las más de las veces descuidó la forma para concentrar todo su cuidado en las ideas y los sentimientos que lo inspiraban.

Hay muy sentidos versos de Rizal que denuncian un alma plena de sensibilidad, tal como deben ser las genuinas almas de poeta; pero marchando en persecución de otro ideal, no le contará el arte entre los sacerdotes que purifican la frase y envuelven el pensamiento en la música más bella de las palabras. *El gesto de la frase* le preocupó menos que la esencia de las doctrinas.

La germánica ciudad de Heildelberg modeló definitivamente la naturaleza de su espíritu. En Alemania publicó la novela *Noli me tangere*, que le conquistó universal renombre y le grangeó el culto de sus compatriotas haciéndolo el representativo de aquel pueblo. *Noli me tangere* es una obra de combate; es la cristalización de un dolor colectivo. En Filipinas agitó á todos los hombres que sentían dentro de sí el anhelo inquieto por la libertad y despertó á los conformes con la calma de su esclavitud. Pienso con los que atribuyen al escritor—aún al meramente literario—una misión social. Para que perdure su nombre en la memoria humana, es preciso que conmueva á las multitudes, que trasforme las ideas, que presente horizontes nuevos, maneras nuevas de entender la vida. Si así no lo hace, su labor es perecedera y estéril.

Rizal cumplió con sus creaciones alta misión social. Con *Noli me tangere* conmovió á su pueblo, y desde entonces encarnaba sus reivindicaciones. Los españoles acabaron por fusilarle. Así obtuvo la noble consagración del sacrificio, que da nimbo de gloria y timbre de inmortalidad.

Enrique Olaya Herrera



NOTA — Suplicamos á los suscriptores que no hayan cubierto el valor de la primera serie de nuestra Revista, se sirvan hacerlo á la presentación de la cuenta respectiva.

El Veloz Expreso está encargado de la repartición de HELIA; de cualquiera irregularidad eneste servicio dése cuenta en nuestra oficina.





POESIAS MISTICAS

El Beso Fantasma

Yo soñé con un beso, con un beso postrero
en la lívida boca del Señor solitario
que desgarra sus carnes sobre tosco madero
en el nicho mas íntimo del vetusto santuario

cuando invaden las sombras el tranquilo crucero,
parpadea la llama de la luz del Sagrario,
y agitando en el puño su herrumboso llavero,
se dirige á las puertas del recinto el ostiario.

Con un beso infinito, cual los besos voraces
que se dan los amados en la noche de bodas,
enredando sus cuerpos como lianas tenaces....

Con un beso que fuera mi PALLADIUM bendito
para todas las ansias de mi ser, para todas
las caricias bermejas que me ofrece el delito.

Amado Nervo



Actualidades bogotanas

Percances del oficio

En días pasados dispuso la autoridad la suspensión de EL MERCURIO, trisemanario político-noticioso, y la comparecencia de su Redactor propietario.

Un agente de policía, desuniformado al parecer, llegó á la oficina del Veloz Expreso y preguntó al Empresario:

—Conoce Ud. al Redactor de EL MERCURIO?

—Mucho; es mi cliente.

—Puede Ud. hacer el favor de decirme cómo es él, de proporcionarme una especie de filiación...?

—Con todo gusto: es un sujeto vivaracho, reidor, de mediana estatura, hongo, gabán oscuro, ojos verdes, nariz idem...¿lo necesita Ud. con urgencia?

—Ya lo creo, con mucha. ¿pudiera Ud. decirme en qué lugares puedo encontrarlo fácilmente?

—En muchos, no pueden contarse; pero no pierda Ud. su tiempo en dar vueltas; por aquí pasa cada rato; estése Ud. aquí que yo se lo indico en cuanto pase.

El agente se aguardó con paciencia, no sin utilizar la espera improvisando algunas otras preguntas sobre temas generales...pero como se pasaran muchos y muy largos minutos y el tiempo es oro para los mortales, el buscador manifestó que se iba, que no podia esperar más.

—Sinembargo—dijo el Empresario del Expreso—le queda á Ud. el recurso de buscarlo en su casa, calle 4.ª, número 46: van á ser horas de almorzar y.....

—¡Hasta luego!

—Hasta luego.

***

A medio día un caballero salió de casa de su amigo el Redactor de EL MERCURIO, á quien había ido á buscar para el arreglo de un negocio. En el portón le detuvieron dos agentes en traje de gala, y como el caballero se quedara perplejo, los agentes se apresuraron á tranquilizarle en esta forma:

—No se afane Ud.; tenemos orden para detener á todo sujeto que salga de esta casa. Vamos.

Y le condujeron amablemente hacia la Central, procurando tomar la vía más corta.

Antes de llegar á la plaza de la Catedral, el conducido pidió á sus compañeros que hicieran el resto de la travesía por una calle menos concurrida, á lo cual accedieron con gusto.

Poco antes de llegar, nuestro hombre se encontró casi de manos á boca con su amigo el Redactor á quien habia ido á buscar minutos antes: y éste, reidor y vivaracho según filiación, se puso á bromear.

—Hombre! para dónde tan de prisa y tan acompañado? qué ocurre, por qué te llevan preso? de seguro por falsificador, por TEGUA, por...!

Y el otro muy serio, aunque muy sereno ante el peligro de su desprevenido amigo:

—No...es que me han confundido con el Redactor de EL MERCURIO á quien, por lo visto, hay orden de detener, y me llevan...

—Tunante! parece que me quieres asustar...

—No lo creas; me equivocan con quien te digo ¿verdad señores agentes?

Y ellos á una:

—Si señor....

Entonces el bromista alargó la mano á su amigo y le dijo con voz no muy tranquila que digamos:

—Pues hombre, lo siento mucho; dí en qué puedo servirte y adiós...No fuera yo tan de prisa ¡tú comprendes! te acompañaría y aún te serviría de fiador si fuera preciso, pero sé que te pondrán en libertad en cuantó te reconozcan. La inocencia triunfa. Y apretó el paso

El Dr. Mirabel

LA SANGRE

"Liturgias de la Tierra"

Artífice en el reino de la carne, pintora
hábil en lindos labios, diluye unas turquesas
y finge un haz de víboras; extrae miel de fresas
y el flanco de las ninfas bajo una vid colora.

El benéfico púrpura de esta maga decora
las fuentes de la vida; hay que pasar por esas
ondas generatrices para formar espesas
cascadas de cabellos y hacer la voz sonora.

Loemos el milagro con que la Tierra sabe
poner sobre la nieve de una faz un sonrojo
conturbador. La Anemia jamás surcó en la nave

de la Alegría, el lago donde se ve á la fiera
sultana del Deseo, tendida sobre un rojo
diván, en aposturas hermosas de pantera.

Pacho Valencia

EL ALFILER

El día que Pedro se fue para la guerra, Blanca, su prometida le regaló un alfiler. Pedro juró guardarlo como un objeto precioso.

— Sin duda me lo has dado para que me acuerde de tí.

— Nó, dijo ella; sé que no me olvidarás.

— Entonces me lo habrás dado para que me traiga fortuna.

— Nó, yo no soy supersticiosa.

— Entonces no acierto, dijo Pedro; lo guardo porque me viene de tí, porque tú me quieres.

— Te quiero, dijo Blanca; y mi alfiler te servirá

En el combate fue Pedro herido por una bala en el brazo izquierdo y tuvieron que cortárselo.

Conozco muy bien á Blanca — se dijo — y ella por delicadeza apresurará nuestro matrimonio.

Cuando Pedro volvió, su primera visita fue para Blanca. Iba por la calle muy orgulloso de sentirse en el mundo; iba muy aprisa y observó su manga vacía que colgaba inerte, aplanada, que se balanceaba de derecha á izquierda sin medida, que brincoteaba como un animalejo.

Esta facha—pensó Pedro—me ridiculiza un poco.

Y con la mano que le quedaba levantó su manga, la dobló convenientemente, y se la prendió al hombro con el alfiler.

Julio Renard

El cantor del más allá

Los ojos de cielo de la princesa Rosa-Blanca no se habían manchado con el espectáculo de las cosas de este mundo. Su reino era el más allá que se ignora siempre; su patria estaba también más allá. . . . La tristeza de su cara de virgen era una nostalgia; su alma entera un presentimiento.

De codos en el alféizar de una ventana ojival, las manos hundidas en los dorados cabellos, Rosa-Blanca veía todas las tardes morir el sol frente al castillo de su padre. Su alma se iba impregnando de la tristeza crepuscular; en sus dulces ojos azules se reflejaban dos soles moribundos.

Lentamente, dulcemente la princesa iba muriendo envenenada por la melancolía de la tarde y por un secreto que nadie podía adivinar en la corte, y ella misma no sospechaba siquiera.

Un día, á la hora de poniente, en el medio disco del sol que sobresalía del horizonte, se pintó una mancha vaga, una silueta indeterminada que fue creciendo y acercándose poco á poco por el camino blanco que venía al castillo. Pero la bruma de la noche, las sombras que anegaban el paisaje. . . . y una lágrima que empañó los dulces ojos de Rosa-Blanca, confundieron, sepultaron aquella silueta en la noche total y soberana que siguió á aquel atardecer misterioso.

La noche fue, sin embargo, nueva para la princesa; noche de ensueños y de anunciaciones deliciosas.

. . . .

Gran movimiento en los patios de honor, en la torre del homenaje; gentes de armas circulaban por todo el castillo; ¡pajes y servidumbres, oro, seda, hierro.

Dos séquitos reales, después de una victoria contra el enemigo común — que debía ser por entonces la media luna — se reunían en el castillo. Hombres de armas de á pie y caballeros, discurrían por los patios, con ruido de hierro, del que ya no tenemos la menor idea. Los ballesteros componían sus máquinas destrozadas en la guerra. Los peones disputaban el valor de sus picas y el filo de sus espadas, ó jugaban á los dados sobre el parche de un tambor, jurando y perjurando por los vaivenes de la suerte.

Y mientras abajo la soldadesca, libre y regalada, cantaba roncamente la alegría de la victoria y las ventajas del descanso, los nobles varones de los reyes galanteaban á las damas del séquito y discurrían por los salones de honor como astros en un cielo glorioso.

Grandes fiestas se disponen, y la princesa tiene que vestir sus mejores galas. En los salones, junto á los reyes, los paladines más fuertes, los más nombrados caballeros, los magnates temibles pululan, más guerreros que galanes, pero admirables de esplendor y riqueza.

Rosa-Blanca los mira sin deseo de verlos, y como en aquellos tiempos no se obligaba á sonreír á las princesas, ella permanece seria y pensativa en algo que no está allí.

De pronto los partesanos que guardan la puerta avisan á los pajes y éstos acuden ante el estrado á anunciar la llegada de un nuevo personaje. Es un juglar que ha recorrido el mundo con sus cantares. Su nombre es desconocido para todos. . . . Pero Rosa-Blanca cree recordarlo muy vagamente, como en un sueño. El rey ordena su entrada; los nobles se apartan para darle paso.

Es el juglar alto y esbelto. Si recorrió todos los caminos de la tierra, debió pasar por ellos como alada sombra, sin cansarse nunca. Hay en él algo de eternamente joven, algo de inmarcesible. Sólo sus grandes ojos negros parecen haberlo visto todo y algo más. . . . parecen tener mil años en el pasado y muchos más en el porvenir.

¡Aquella cara! . . . Sí; la princesa recuerda ahora todas las puestas de sol que ella vio desde la ventana; sobre todo aquella última en que una silueta manchó el camino blanco. Y las recuerda sin pena, con una ternura infinita. Y mientras el juglar canta sus gestas y trovas, Rosa-Blanca piensa oír la voz que va á revelarle su secreto. No canta el trovador en lengua conocida, pero, por divino milagro del arte, todos lo escuchan arrobados; á los ojos de todos se abren jardines misteriosos y rincones de cielo y de amor. La voz tiene ecos inauditos; su palabra nombra las cosas inefables; es la traducción de los besos y de los suspiros. . . . También lo es de los ayes y gritos de dolor, de las lágrimas, y entonces una grande angustia reina en los corazones. Pero pronto el poema vuelve á su tema de amor favorito, triunfante.

. . . .

La princesa no puede dormir, y sueña despierta con las canciones de su trovador. Alta noche; sueño, misterio, pavor á través de las anchas galerías de palacio. . . . La princesa, sola, como un ángel perdido en la tierra, llora de amor y de ternura, y en su delirio llama al juglar dos veces por su nombre.

—Aquí estoy,— le responde la voz inefable.

Y la silueta del apuesto cantor se alza ante ella.

No sintió miedo Rosa-Blanca; no sintió miedo, sino amor, y dijo:

—Yo quiero que me enseñes tus canciones.

—Sería en vano; no podrías cantarlas. *Aquí* no pueden aprenderse.

—Llévame á tu país; al país donde se ama de ese modo.

—Yo vengo de muy lejos. . . . Mi país no tiene nombre.

—Yo iré contigo hasta el fin.

—Es más allá.

—Iré. . . . porque yo te amo.

Una sonrisa muy triste se dibujó en los labios del joven.

—Tú eres la hija de un rey. Aún puedes ser dichosa *aquí*. Adiós.

—No me abandones. No podré yo amar á nadie.

—Vén,— y besó los ojos de Rosa-Blanca.

. . . .

A la mañana siguiente, una horrible noticia cundió por el palacio y convirtió en luto las galantes fiestas. La princesa había aparecido muerta en su camarín. Sus labios sonreían aún, pero sus ojos azules se habían cerrado para siempre.

Del juglar nadie volvió á saber.

. . . .

Aquella tarde nadie vio morir el día desde la ojiva del castillo. Pero en esta vez dos sombras se pintaron en el camino sobre el medio disco del sol poniente: una oscura silueta de bardo errante; y un blanco, esfumado perfil de la princesa medioeval.

FIAT LUX

De los escritores

Sólo concibo al escritor como un sér de selección, casi inmaterial, en quien se han borrado los últimos atavismos animales. No sólo debe tratar de ser puro y probo en sus actos, sino también de parecerlo. Para que la palabra sea escuchada, no basta que quien la dice sea privadamente irreprochable; es necesario también y sobre todo, que tenga la reputación de serlo.

Pero de ello no se deduce que si el odio de los que no comprenden llega á arrollarle alguna vez, si el instinto malvado de ciertos hombres le llena injustamente de oprobio, si le cubre una de esas pasajeras rachas de ignominia que son como el polvo y se sacuden como él, el escritor deba romper los lazos que le atan á los suyos, resignarse á la fatalidad de su destino, perdonar á los que le hicieron daño, y morir....

Vivimos en épocas de combate y fuera ruin volver la grupa al peligro y escaparse de la vida como un soldado temeroso de la acción. Muy fácil sería la victoria de los malos si desde el primer encuentro volvieran los defensores de la verdad sus propias armas contra sí mismos.... Lo que corresponde es luchar, blandir la palabra, probar el vigor del carácter, afrontar la tempestad.... Los hombres de cierto temple se alzan más inflexibles, más altos cuanto mayor es la hostilidad que los cerca.

* * *

Revistas colombianas

La *Revista Contemporánea*.
Director: B. Sanín Cano.

No decae la *Revista Contemporánea*. Siempre viene nutrida de la más noble producción nacional. En el presente número vienen las firmas de Grillo, Londoño, Javier Acosta, Alberto Sánchez, Pacho Valencia, Santiago Pérez, Guillermo Valencia y otros, que en prosa y en verso, como en ánforas finas, nos dan á gustar el vino perfumado de sus viñas.

No quiero referirme ahora sino á las páginas de Max Grillo, quien en un cuento delicadísimo me ha hecho experimentar las deliciosas emociones que produce la estrecha unión del arte con la vida. Su cuento á la vez que nos da á gustar la finura de la lengua, trabajado con la tersura, la claridad y la sencillez de una tela sutil, nos encierra el dolor universal entre sus hilos. Es artístico y es humano; en su cuento la retórica no mata la vida. En su arte no se ve el arte; y el lector contempla como al través de un cristal, una amargura. Es una página además muy colombiana. El paisaje donde se desarrolla la acción, es un paisaje bogotano, de la ciudad triste y española con sus templos y sus conventos, con su melancolía y taciturnidad. Y á pesar de tener poca descripción, las líneas que más bien evocan el paisaje resultan impregnadas de color y perfume local. Grillo es uno de los más brillantes escritores de la presente generación colombiana. Al margen de sus prosas sugestivas, como al margen de una fuente de claras linfas, se remiran de cuando en cuando las corolas de sus versos.

El Cojo Ilustrado, cuya Dirección no pierde oportunidad de recoger en sus páginas las más notables producciones de los escritores universales y en particular las de los suramericanos, para mostrar á Venezuela el tesoro intelectual de las Repúblicas hermanas, insertará en una de sus ediciones próximas el cuento del distinguido poeta colombiano.

A. FERNANDEZ GARCÍA

MODAS

Algo sobre peinados

Para HELIA

Continúa usándose el peinado bajo, con la raya al centro; el cabello ligeramente ondulado cubriendo las orejas como en el antiguo peinado que se llamó de las *cocas*.

Los ahuecadores exagerados van desapareciendo; se usan con mejor éxito los semialtos, con rodetes alargados especialmente para la formación de bucles.

Lo más natural y por tanto lo más distinguido, es llevar la frente despejada. Con todo, hay mujeres entre las cuales subsiste el entusiasmo por conservar esa concha de sobre la frente que tánto ha dado que decir en pro y en contra.

La gran novedad—me escribe una amiga de París—va á ser el peinado japonés de diversas hechuras. Ya están las peluquerías parisienses al corriente de los complicados procedimientos que tienen las japonesas para torcer y doblar el pelo en diferentes y fantásticas formas hasta producir una variedad increíble de peinados. Van á tener las damas entretención y quebradero de cabeza para muchos meses. Las horquillas no solamente sirven como auxiliar indispensable, sino como vistosos y caprichosísimos adornos de moda; las hay muy grandes (hasta de ocho pulgadas de largo), y están hechas de las sustancias más variadas: concha, carey, alabastro, cristal, madera, marfil, etc., y aparentan una multitud de figuras de artística y muy refinada ejecución; las hay que tiemblan persistentemente al menor movimiento de la persona que las usa; las hay huecas, que encierran un licor claro que va de un extremo á otro de la horquilla á cada movimiento de la cabeza, produciendo fuertes cambios de luz y curiosos efectos de perspectiva. Las elegantes llevarán, como se llevan en el Japón, hasta una docena de estas grandes horquillas, de manera que á lo lejos y bajo una luz viva parezca que de sus cabezas brotan rayos de fuego que serpean, se esconden y retozan en las cabelleras, negras ó doradas.

MARÍA ARLON

Imprenta de LA LUZ—Bogotá—Puente de San Francisco

LEY 51 DE 1898

(15 DE DICIEMBRE)

SOBRE PRENSA

(*Continuación*)

Art. 1.° La prensa es libre en tiempo de paz, pero responsable con arreglo á las disposiciones de la presente Ley.